

LO QUE CUESTA NACER

ANTONIO MORILLAS JIMÉNEZ

1 de junio de 2018

Buenas tardes. Muchas gracias a todos por acompañarme en este día especial. Gracias a Amalia y a Ángel por tener la generosidad de estar aquí, y a los responsables del Ayuntamiento de Getafe por cedernos este Espacio dedicado a la cultura.

Hace unos años un percance físico me sirvió para poner una larga pausa en mis días. Durante esos meses leí y escribí mucho. Y escribí sobre lo que tenía más a mano: mi propia vida. Eché la vista atrás y puedo decir que entonces empezó a nacer, sin saberlo, esta historia. Y para su nacimiento he contado con la complicidad de mucha gente, principalmente de mi madre, que fluye por cada página insuflando un torrente de humanidad a la historia; de mi padre, cuya ausencia he echado de menos en cada línea. He contado con la complicidad de quienes, con sus ratos de charla en Granada, la han hecho posible, y son legión como podrá comprobar quien tenga la amabilidad de leerla; también con la de los que han contribuido de una u otra manera a enriquecerla: María José, mi mujer, mis siete hermanos —Mari, gracias por tu atentísima lectura—, amigas y amigos que han tenido la paciencia de leerla y de dar su opinión sincera. También he contado con la complicidad de los maestros: Ángel Gabilondo que, conociendo apenas unas pinceladas de lo que estaba escribiendo, me regaló el título, tan certero y evocador; de José María Guelbenzu, de Cristina Sánchez Andrade y Azahara Alonso, de las que aprendo cada día en la Fundación José Hierro. Por último, la complicidad de Editorial Nazarí, de Granada, que confió en la historia, como antes confiaron las editoriales Atlantis y Papeles del duende. Ahora espero que mis cómplices, disfrutando con su lectura, seáis todos vosotros.

Un día, Cristina Sánchez-Andrade, mi profesora, nos pidió que escribiésemos unas líneas sobre nuestro primer recuerdo. Inmediatamente acudieron a mi cabeza los primeros hielos de un invierno, el cerdo colgado de una viga dispuesto para ser descuartizado, las mujeres pelando cebollas para las morcillas, la sangre humeante, el agua hirviendo en la lumbre, en definitiva, la matanza en el pueblo en los días de mi niñez. Recuerdo que Cristina me dijo después de leer en clase mi ejercicio: “Antonio, eso puede ser el principio de algo”. Pasó poco tiempo para que aquel relato que afloró en la memoria empezase a crecer hasta convertirse en el libro que hoy presentamos.

En cierta ocasión alguien colgó en Facebook una fotografía de Federico García Lorca, con Manuel de Falla y otros dos personajes importantes de la época, en las eras de Purullena, mi pueblo, en 1928. Regresaban a Granada desde Guadix, adonde habían ido a buscar paisajes para los decorados de *Bodas de sangre*, que se iba a estrenar en breve en la capital. Y, según Ian Gibson, el decorado del estreno de *Bodas de sangre*

estuvo inspirado en las cuevas de Purullena. Pero en esa fotografía, además de Lorca y sus acompañantes, aparecía en primer plano una señora con un bebé en brazos. Se suscitó un debate en la red acerca de quién podría ser aquella mujer, algo que solo interesaba a los naturales del lugar. Alguien dijo una frase que sonó rimbombante: “Era alguien del pueblo llano, que es el que siempre paga la factura del gran banquete de la historia”. Mi amigo Antonio Praena, poeta, cerró el debate: “Por eso, a quienes no recuerde la historia, los debe recordar la literatura”.

La historia oficial siempre habla de grandes personajes; el libro que hoy nos trae aquí está lleno de seres anónimos, es la pequeña historia de seres anónimos que viven en lugares perdidos en los mapas, como Purullena o Getafe. Decía Italo Calvino que “los lugares se pierden si alguien no los escribe”. Para eso sirve también la literatura: para salvar a hombres y mujeres y a lugares del olvido. Y con este libro pretendo —si no es mucho pretender— que las personas que van y vienen por sus páginas, a los que no va a recordar la historia grande, no sean sombras y los recuerde para siempre la literatura. Para tratar de alcanzar ese objetivo he dedicado mi tiempo y mi esfuerzo porque, como dice Walter Benjamin: “Es una tarea más ardua honrar la memoria de los seres anónimos que la de las personas célebres”.

Cada ser humano lleva consigo una historia única e irrepetible que, a poco que se hurgue en la memoria, aflora. En mi caso, un día me senté ante aquel relato de una matanza y la hoja en blanco y dejé que mi mente fluyese por los turbulentos días del ayer en el pueblo, por las ausencias, por las múltiples huidas, con sus respectivas estaciones, hasta llegar a un lugar donde empezó a salir el sol... Yo fui un hombre tímido al que siempre le había gustado, más que hablar, escuchar a sus mayores, que poseían los datos del pasado que él no conocía y que explicaban, en gran medida, el presente. De unos y de otros fui tomando apuntes para intentar algún día darles forma. Han sido también muchas tardes escuchando a mi madre retazos de vidas cercanas en la memoria y en el corazón; han sido muchos días en la plaza de mi pueblo escuchando a los hombres historias de su vida junto a mi familia. Sonrisas y lágrimas. Han sido muchos vinos y cervezas con mi tío Frasco escuchando su lucha o su lamento por no haber tenido una cuadrilla de niños, o con mi tío Carlos, o con mi tío Manuel a bordo de su Citroën dos caballos, a cuarenta por hora por la carretera nacional, narrando la historia oculta de la familia, que para mí permanecía oculta porque mi padre —un hombre reservado que se fue muy pronto— nunca contó nada que pudiese cuestionar el buen nombre de cualquier miembro de la familia. Y han sido muchas noches al calor de la mesa camilla en el invierno o al fresco en la calle Real, en la casa siempre abierta de mi tía Toñica. Hoy, la mayoría de aquellos hombres y mujeres se han ido, pero quedan sus palabras.

Aunque el que os habla ha escrito esta historia de complicidades, también podría decir que esta historia me ha escrito a mí, pues cada episodio del pasado que brotaba daba lugar, de forma espontánea, a otro y a otro y a otro. Yo solo tenía que poner la pluma para que hablase la memoria. Y de ese fluir continuo de la memoria —la que fue o la que se recuerda— han surgido mis primeros años. Pero, aunque la vida

es un fluir continuo, los recuerdos fluyeron desacompañados y así están descritos, a borbotones, y así, también, se pueden leer.

Y como en los libros todo tiene su razón de ser, empezaremos por el principio, por el título. LO QUE CUESTA NACER. Como dije se lo debo a la generosidad de Ángel Gabilondo. Decimos que nacemos cuando vemos la primera luz; yo diría que nacemos, en el más amplio sentido de la palabra, cuando la luz se hace nuestra compañera habitual aunque esté salpicada de sombras, porque las sombras perpetuas no son vida, y la luz perpetua, una quimera.

Yo vine al mundo en el año 59, el de los Planes de Desarrollo de Franco, planes que nunca llegaron a la zona donde nació porque aquella parte de la España profunda estaba castigada —si no oficialmente sí de hecho— por haberse mantenido fiel a la República casi hasta el final de la guerra. Fue aquel un tiempo difícil porque la casa a la que llegué había dejado atrás un pasado de esplendor para caer de lleno en un presente sombrío. Y aquel niño, que vivía rodeado de cerros de arcilla y campos que no producían para subsistir, veía cómo su padre salía camino de la emigración, primero solo, después acompañado de nosotros, su familia. Y en uno de esos viajes más allá de los cerros me hicieron la fotografía que aparece en la portada: un niño de cuatro años embutido en un abrigo de paño que le compraron nada más llegar a Suiza para combatir aquellos fríos, a resultas de los cuales a punto estuvo de malograr su primer nacimiento. Pero resistí. Con la perspectiva de los años, podría decir que yo he nacido varias veces, y, precisamente, las páginas de este libro narran las circunstancias de esos sucesivos nacimientos. La primera vez, la oficial, sucedió un día de enero de 1959 cuando me gané la honra y los cinco duros —dijo alguien— porque el primer hijo de aquel matrimonio había sido varón, algo muy importante en la época; la segunda, cuando llegamos al barrio de la Alhóndiga, de Getafe, y la vida empezó a tener cierta estabilidad y a mostrar una cara algo más amable; la tercera, cuando empecé a trabajar nada más cumplir los catorce años y descubrí un mundo y a unas personas que iban a marcar mi vida para siempre.

A estos tres nacimientos corresponden los tres grandes capítulos del libro. Al primero lo he titulado LA SIEGA EN EL LLANO y en él hablan los recuerdos del niño. Comienza con los primeros hielos de un invierno, pero también podría haber comenzado en los primeros años del siglo XX cuando a una de mis bisabuelas la violó uno de los caciques del pueblo que se creía dueño de vidas y haciendas. Después de repasar los primeros años en el pueblo, los monstruos infantiles que vivían debajo de los puentes o en los manantiales, el miedo a la escuela y a la religión, llegaron las huidas en busca de la luz, la primera, al extranjero. “¿Dónde está tu padre?”, me preguntaban para escuchar aquella palabra con la que mi imaginación de cuatro años había bautizado al infierno: “en Muchinuni”, contestaba yo. ¡Qué sabía yo dónde estaba mi padre si entonces pensaba que nada había más allá de los cerros!

Poco tiempo después nos llevó con él pero pronto regresaríamos porque la vida en Suiza también era difícil. Después del último regreso al pueblo, un mes de junio mi padre se fue a la siega, y cuando terminó la faena, aquel matrimonio con cinco hijos

decidió que debían huir de allí si no querían vivir en un continuo sobresalto. “Y lo hicimos por vosotros, solo por vosotros —dice ahora mi madre— porque no queríamos envejecer solos en el pueblo viendo como nuestros hijos se marchaban.” Nosotros, sus hijos —y creo hablar en nombre de todos—, después de tanto tiempo, agradecemos que tomaran aquella decisión.

En el segundo capítulo, MÁS ALLÁ DE LOS CERROS, narro la llegada a Getafe, a un barrio de la Alhóndiga a medio hacer, a un piso de 55 metros cuadrados y en el que viviríamos poco tiempo aquella familia compuesta por siete personas.

Getafe fue la última parada de aquella eterna huida. Y en Getafe, en ese lugar que entonces nos pareció inhóspito, encontramos estabilidad y buenas personas procedentes de aquella España mísera que expulsaba a sus hijos de su tierra. Después llegarían los cambios continuos de piso según iba completándose nuestra familia numerosa hasta los ocho hijos que hoy, afortunadamente, seguimos en el camino.

Y con la estabilidad surgió el placer por la escuela, por aprender, por la geografía, por la historia, por la literatura; y surgieron nuevos amigos que llegan hasta hoy.

En aquella época, desde que el primo Antonio Samaniego nos regalara en el verano del 70 la primera televisión de segunda mano, aquel niño ya se interesaba por el Telediario, por aquellos tipos lúgubres vestidos de negro, adornados con yugos y flechas, que eran ministros de Franco: Fraga, López Rodó, López Bravo, Licinio de la Fuente, Solís, Fernández Cuesta. Y el niño empezó a ver en las paredes de las calles con nombres de aves de su barrio obrero (calle Cisne, calle Perdiz, calle Oca), pintadas que reclamaban amnistía y libertad, o clamaban para salvar la vida de los condenados a muerte, o llamaban a la huelga. Y veía a los obreros de la construcción paralizando las obras del barrio y a la Guardia Civil asaltándolas para llevarse a los cabecillas al cuartelillo. Algo empezó a no cuadrarme. La familia feliz que aparecía después de la Despedida y cierre en televisión, con aquel abuelo que parecía inocente mientras pescaba, cazaba o posaba con sus nietos en los jardines de El Pardo, no debía ser trigo limpio. Pronto descubriría que eran los culpables de la falta de libertad y de que mi familia hubiese tenido que huir de su tierra. En aquellos momentos empezó a nacer — otro nacimiento— el niño que sabía con certeza de parte de quién estaba en aquella sociedad. Y, afortunadamente, con el paso del tiempo, sigo teniendo muy claro de parte de quién estoy.

Al tercero y último capítulo lo he titulado EL MADRID DE MI PASADO. El niño ya cree que se ha hecho un hombrecito porque ha empezado a trabajar de botones en una empresa que vende pisos, lleva dinero a casa y por eso cree que pertenece a un estatus superior. Y en la empresa conoce a una serie de personas que conformarán un mosaico que le servirá de ejemplo, pero sobre todo conoce a su compañero y amigo Juan Antonio Gómez Bueno, que se convertirá en un segundo padre que intentará llevarle por los caminos del estudio y que, con su ejemplo, le ayudará a ver que por encima de cualquier otra consideración debe poner el respeto por todos los seres humanos. Pero para llegar a esa conclusión, aquel niño que solo tenía catorce años,

tendría que pasar por un largo aprendizaje. Otro nacimiento. El niño crecerá, estudiará en un colegio nocturno de curas, el único que había entonces en la localidad, en el que se dejaba un cuarto de su sueldo para hacerse un hombre de provecho, aunque él no entendía entonces qué significaba eso de hacerse un hombre de provecho. Lo que sí se hizo en aquel colegio de curas fue comunista porque fue a dar con una serie de compañeros: Jacinto, Eloy y Luis Espada, Carmelo, Juan, Mancebo..., a los que admiraba, y que en aquellos convulsos años ya militaban en el Partido Comunista o en la ORT, en el Partido del Trabajo o en la LCR, y él, abierto a lo que sonara más a la izquierda, como correspondía a alguien que aún no había cumplido los dieciocho, siguió sus pasos, con mucho miedo, porque en realidad nunca fue muy revolucionario y le asustaba tanto una porra o un bote de humo como una metralleta. Revolución, en su imaginario, suponía sangre y él se mareaba solo de pensarlo. Pero tenía muy claro que estaba del lado de los que sufrían la dictadura franquista y se implicó a su manera en la lucha por la democracia hasta que llegaron las primeras elecciones democráticas, elecciones en las que su opción —el PTE, integrado en el Frente Democrático de Izquierdas— fracasó con estrépito y sacó la conclusión de que quería salvar a un pueblo que le importaba muy poco ser salvado. O quería ser salvado pero de una manera diferente a cómo le estábamos proponiendo nosotros.

Y me rendí porque tenía muchas cosas que hacer y percibía que la vida era corta. Tenía muchos libros que leer, mucha música que escuchar, muchos poemas que escribir, y vi incompatibilidad donde no la había. Y me rendí. Tenía muy claro de parte de quién estaba, quiénes eran mis compañeros de viaje, pero dejé el activismo en los partidos, aunque nunca me convertí en apolítico, porque esa figura no existe por mucho que se pregone.

Después de empezar a trabajar, aquel muchacho joven volvió a Granada y al pueblo, de vacaciones, y se reencontró con su paraíso perdido. Fue en esa época cuando empezó a percibir que él pertenecía a aquel lugar que alguien con nombre y apellidos le había robado. Y empezó a hacerse preguntas y a buscar motivos para regresar, pero le faltaba valor para decidirse pues carecía del más mínimo espíritu aventurero. Después llegó el amor, al que quiso aferrarse como un motivo poderoso para volver, pero fracasó porque aquel joven, en los asuntos amorosos, siempre perdió todas las batallas aunque, paradójicamente, al final ganó la guerra. Es en esa época cuando en sus regresos empieza a conocer en profundidad el pasado de la familia y poco a poco se va tejiendo una tela de araña, un puzle de acontecimientos novedosos para aquel muchacho que, con el tiempo, después de otro largo nacimiento —a la literatura— formarán el relato que nos ocupa.

Llegó el invierno. Con cada vuelta al pueblo añorado, a la calle llena de espectros, comprobaba que ya no existía nada de lo que había dejado atrás. El pasado ya eran recuerdos de otra vida, recuerdos vivos en la memoria pero sombras en la realidad. Y la crudeza del invierno hizo que aquel muchacho que había crecido y que, ahora sí, se había hecho un hombre, plantase los pies en el suelo. No se dio por vencido, simplemente, constató que se podía ser ciudadano del mundo desde cualquier rincón

de la tierra, aunque el primer paisaje que vieron sus ojos, aun inundado de sombras, siguió acompañándole siempre, y su deseo por el regreso permaneció latente.

A pesar de todo mi agradecimiento a Getafe, la ciudad en la que vivo, donde conocí a mi mujer y nacieron mis hijos, donde viven mi madre y mis hermanos y muchos de mis amigos, algún día sigo queriendo volver al sur, donde nací. Y cuando vuelva, habrá finalizado el viaje del héroe, porque la historia de lo que cuesta nacer siempre es una gran aventura para el ser humano.

Dice un escritor polaco, Adam Zagajewski, que “la juventud dura mucho, mientras vivimos, mientras pensamos, mientras creamos, mientras aguardamos con curiosidad el día siguiente”. Por eso, si me permitís, un consejo: no os olvidéis nunca de leer, os sentiréis más jóvenes, más libres, en definitiva, más vivos.

Gracias.